

Mito del Diluvio Universal



Deucalión y Pirra. Grabado de Virgil Solis (1514-1562) para las «*Metamorfosis*» de [OVIDIO](#).
Fotografía: Hans-Jürgen Günther. Dominio Público.

Deucalión y Pirra

En el acto encierra en las cuevas de Eolo al Aquilón y a cuantos vientos hacen huir a las nubes acumuladas, y suelta al Noto. Se lanza al vuelo el Noto con sus alas húmedas y con el rostro terrible cubierto de negra oscuridad; tiene la barba acargada de lluvia, de sus blancos cabellos mana el agua, en su frente descansan nubes, y sus alas y atavío destilan humedad. Y tan pronto como con sus manos abraza y oprime los nubarrones suspendidos, se produce un retumbar; inmediatamente las densas nubes se deshacen en lluvia que cae del cielo. La mensajera de Juno, Iris, vestida de muchos colores, trae nuevas aguas y lleva alimento a las nubes. Las mieses quedan tendidas por tierra, yacen las lloradas ansias del labrador y perece el trabajo inútil de un largo año.

Pero no se contenta con el cielo que le pertenece la cólera de Júpiter, sino que también su azul hermano le ayuda con olas auxiliares. Convoca éste a los ríos; y cuando éstos entran en la mansión de su soberano les habla así: "No hay necesidad ahora de prolijas recomendaciones. Dad libre curso a vuestros ímpetus; eso es lo que hace falta.

Abrid vuestras moradas, apartad los diques, y soltad todas las riendas a vuestras corrientes". Tan pronto les da esta orden, vuelven ellos, dejan expeditas las bocas de sus fuentes y se precipitan en dirección al mar en desenfundada y turbulenta carrera. Él por su parte golpeó con su tridente la tierra; se estremeció ésta y con sus sacudidas abrió paso a las aguas. Desbordados los ríos, invaden los campos descubiertos y se llevan consigo a la vez árboles, sembrados, animales, hombres, casas y capillas con sus sagrados objetos. Y si alguna morada queda en pie y ha podido resistir enhiesta a tan tremenda catástrofe, las aguas se elevan por encima de su tejado y sus torres quedan ocultas bajo la inundación. No había ya distinción entre mar y tierra; todo era ponto, y el mismo ponto carecía ya de riberas.

[...]

Cuando a aquel paraje, único que las aguas no habían cubierto, arribó Deucalión, conducido con la esposa que compartía su lecho, por una pequeña embarcación ambos rindieron tributo de adoración a las ninfas conocidas, a las divinidades de la montaña y a la profética Temis que entonces se encargaba de los oráculos. No ha habido hombre más excelente ni más amante de la justicia que Deucalión, ni tampoco mujer alguna más temerosa de los dioses que la suya. Cuando Júpiter vio que el mundo estaba cubierto de una líquida sábana formando un inmenso estanque, y que un solo varón quedaba de tantos miles y que una sola mujer quedaba de tantos miles, inocentes ambos, adoradores de la divinidad ambos, dispersó los nubarrones, hizo, valiéndose del aquilón, que las lluvias cesasen, y mostró al cielo la tierra y el empíreo a la tierra. No persiste tampoco la cólera del mar, y el soberano del piélago abandona su arma de tres puntas, apacigua las aguas, llama al azul Tritón, que se erguía sobre el abismo con los hombros cubiertos de su nativa púrpura, y le ordena que sople en su sonora concha y que haga retirarse, dando la oportuna señal, a las olas y a los ríos.

[...]

P. Ovidio Nasón. Traducción de A. Ruiz de Elvira (1990): «*Metamorfosis*». Vol. I. Libros I a V. C.S.I.C. Madrid.